



www.loqueleo.com/co

Rompecabezas

© Del texto: 2013, María Fernanda Maquieira

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-29-2

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición: octubre de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: febrero de 2020

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Rompecabezas

María Fernanda Maquieira



loquelego

A Paloma y Pancho

Las palabras se disfrazan de un solo golpe, y en un abrir y cerrar de ojos quedan envueltas en combates, escenas amorosas o trifulcas. Así escriben los niños sus textos, pero también los leen así.

WALTER BENJAMIN

ΟΤΟΗΘ



Señoritas

A Andrea le vino. Así nos lo dijo la mañana del primer día de clases, no bien llegó a la escuela, en el patio, antes del timbre de la entrada: 13

—Me vino.

—¿Qué cosa? —preguntó Gabi, que es medio despistada.

—Qué va a ser, nena —le contestó Andrea con aires de princesa ofendida—. Este año cumpla doce, y bueno, eso. Que soy señorita.

—Ah —replicó Gabi, distraída, en su planeta lejano.

—Contanos ya —dijo Anita, con la voz un poco contenta y un poco triste—. Ahora, todo va a ser diferente —anunció categórica como ella hace siempre con las cosas solemnes.

Andrea nos miró con cierto gesto de lástima, como si fuéramos sus hermanas menores aunque seamos Mejores Amigas Para Siempre: a mí, que soy medio pulga, bajita y lisa como una tabla; a

Gabi, que no sé si entendía algo de lo que estábamos hablando; a Anita, que esperaba expectante el relato completo del asunto, y muere por usar corpiño. Y nos hizo un gesto como para que la siguiéramos a Siberia.

14 —Mora, vos controlá que no venga ninguna maestra —me pidió Andrea, porque sabe que yo tengo una vista espectacular para detectar el peligro.

Nos sentamos desordenadamente, con risitas nerviosas, en los escalones de Siberia. Así les decimos a unas viejas gradas que están en cierto sector de la escuela, en el extremo más alejado del patio, y que no se caracteriza por su clima agradable. Allí, donde parece que se cruzan todos los vientos, y “el diablo perdió el poncho”, como dice Gonza, el maestro de Música, cuando nos toca practicar con el coro en esas gradas. Nosotras creamos desde Primero el grupo de “Las Chicas de Siberia”, y nos seguimos llamando así, aunque ahora seamos bastante mayores. Ese es nuestro lugar favorito, donde nadie nos molesta, para charlar, cantar o contar sueños, que es lo que hacemos las chicas en los recreos, además de armar coreografías. O ir al kiosco. También nos gusta escribir o dibujar cada una en su L.A.I. (Libreta de Asuntos Importantes), que

es como un diario íntimo, pero con la diferencia de que se suele mostrar y compartir a las amigas, incluso se puede prestar. En las L.A.I. anotamos listas, cuestionarios, *preguntas-tutti-verdad*, deseos, sueños y otros Asuntos Muy Importantes. Este año les pusimos nombre, para que sea más secreto y los demás no entiendan. Se llaman así: Libreta Ananá (la de Anita). Libreta Androide (la de Andrea). Libreta Gaviota (la de Gabi). Libreta Morada (la mía, que me llamo Mora).

Cuando éramos más chicas, nos gustaba saltar a la soga, jugar al elástico, a la brujita de los colores y al martín pescador. En cambio, los varones son menos variados: a toda edad, figuritas, poliladron o fútbol. También comer. Y empujarse.

De modo que esa era una mañana soleada de comienzos de clase, y necesitábamos escuchar tranquilas lo que Andrea tenía para contarnos.

Yo había llevado Capullos en Flor, que es un maíz inflado, crocante y dulce. Según Oma, “una porquería que no alimenta nada, mejor comerse una fruta” (para Oma todo tiene que tener un sentido práctico, no puede ser rico y punto).

Puse la bolsa de los capullitos en el centro para que todas se agarraran un puñado. Francamente,

esa información nos daba un poco de ansiedad, y un hambre repentino.

16 En diez minutos, conocimos todos los misterios de la vida femenina en una síntesis feroz. Luego íbamos a completar nuestra instrucción con un libro sobre el cuerpo humano que encontramos, por azar, una tarde de invierno, en el cajón secreto del aparador de Oma, y aunque estaba en alemán, las ilustraciones eran bastante claras.

A mí me impresionó un poco el detalle, pero no dije nada. Anita, con la boca llena de Capullos en Flor, le dio un abrazo a Andrea, y la felicitó como si se hubiese ganado el primer premio de Señorita Belleza o sacado una buena calificación en Geometría. Gabi, en la luna como siempre, nos avisó que estaban tocando el timbre de entrada.

Entonces, Andrea se levantó, lentamente, sacó de su bolso una toallita de esas de las publicidades, y caminó hacia el baño.

—Ustedes vayan a la formación. Yo ya vuelvo —dijo la princesa mayor. Y nos dejó, llevándose su halo misterioso.

Nosotras la miramos hacer, desde Siberia, como doncellas que no fueron invitadas a la fiesta.

Lado B

El aula de Sexto está organizada así: puerta de entrada (que da al patio), fila 1, fila 2, pasillo central, fila 1, fila 2, ventana a la calle Salsipuedes. 17

Por cierto, no es una calle verdadera, sino una pequeña cuadra sin salida, frente a la fábrica abandonada. A los alumnos de la Ocho nunca nos dejan andar por ahí porque dicen que es peligroso.

Oma dice que en la Salsipuedes hay un loco que les muestra sus partes íntimas a las chicas que pasan. Y que en la fábrica abandonada parece que descubrieron fantasmas el invierno pasado. Pero a veces se le olvidan esas explicaciones y comenta que allí hay un paredón lleno de agujeros de cuando los fusilamientos, de la noche en que bajaron gente de un camión y los liquidaron a todos... Yo le pregunto:

—¿Qué fusilamientos, Oma? ¿A quiénes llevaban en el camión?

Y ella me responde:

—Nada, nada, eso fue hace mucho tiempo. No pases nunca por la Salsipuedes y listo.

18 A Anita le contaron que a la siesta las gitanas van por ahí y se roban a los chicos que andan solos. Y que luego los abren y les sacan los órganos para venderlos. Yo sé que Tiki Tiki y los pibes del Fortín (los que viven del otro lado del muro) juegan al fútbol en la Salsipuedes, porque no los interrumpe ningún coche. Y jamás les pasó nada malo. Mucho no creemos todas esas historias que cuentan, pero por las dudas no nos acercamos a la cortada y entramos siempre a la escuela por la calle Ochoa.

El pasillo central del aula de Sexto es como el meridiano de Greenwich, que divide Oriente de Occidente.

En las filas 1 y 2 lado A (patio) van los Chetos. En las filas 1 y 2 lado B (ventana) se ubican los Stones. Eso lo decidió Tiki Tiki, el más capo del Fortín, porque a él le gusta que todo esté, como dice Oma, en su medida y armoniosamente (en eso es muy organizado):

—Sos romántico o heavy, blanco o groncho, cheto o stone, patriota o cipayo —explicó el segundo día de clases, no más entrar, ante el pedido de la Pepa de que ocupáramos nuestros lugares.

Todos hicieron caso, aunque la mayoría no tie-

ne idea de meridianos ni paralelos y mucho menos de la división de clases, pero sí de los golpes de Tiki Tiki cuando alguien lo desobedece, y se fueron sentando por orden de aparición, como en los créditos de una película. La bandita del Fortín, que lo sigue sin chistar, se ubicó al fondo, del lado Stone, porque a ellos nos les gusta participar mucho de las clases, y ahí nadie les presta atención. El resto se fue acomodando dócilmente, ante la mirada atenta de Tiki Tiki.

19

Yo prefiero el lado B, pero no porque me identifique tanto con uno u otro grupo, sino porque me encanta mirar a las palomas que se acurrucan en el borde de la ventana, esperar su llegada e imaginarme diálogos entre ellas. Yo sé que las palomas hablan en un lenguaje propio, diferente al de los humanos, y juego a traducir sus conversaciones en mi cabeza.

Palomita Blanca dice que en la plaza del centro hay poca gente y el maíz escasea. Palomita Ala Despintada relata su aventura en el parque de diversiones, y del día en que se quedó encerrada en el tren fantasma.

La conversación de las palomas sigue en mi voz de adentro, hasta que Anita me da un codazo o la Pepa me pregunta si ya resolví las cuentas de di-

vidir que hace media hora estoy haciendo, y yo le digo que un minuto más y termino. A mí no se me dan tan bien las Matemáticas; soy de pensamiento lento, como dice Oma, así como hay otra gente de digestión lenta (como ella, digo yo). Pero es que a mí me entretiene mucho más imaginar las historias de las palomas, mirar las formas que hacen las nubes en el cielo o ver la gente que pasa, eso me gusta. Tengo mucho mundo interior, eso me dice siempre Oma cuando me habla y me quedo colgada. Yo siento que hay como un cajón secreto y muy hondo donde habitan algunos personajes con sus relatos y sus voces, pero también los silencios y las pesadillas que aparecen de noche.

Desde el comienzo de la primaria me siento en el primer banco al lado de Anita, detrás de nosotras están Andrea y Gabi: las cuatro somos “Las Chicas de Siberia” y BFF (Mejores Amigas Para Siempre) desde que estábamos en Primero. Siempre nos reconocen por los cuatro colores de nuestros cabellos: Ana, rubio clarísimo; Gabi, marrón castaño; Andrea, negro noche; y yo, rojo furioso. Luego se ubican Gustavo y Pablo, que andan juntos todo el tiempo y son del grupo de mi primo Juan, que está en Séptimo. Siguen Laura y Francisco (ni frío ni caliente); luego Diego, el chico deportista,